

Afsis, enderezando su viage à Breviano. Antes de llegar à esta poblacion, viò en vna selva de frondosos arboles mucha variedad de paxaros, de especies distintas, y poniendo en ellos los ojos, arrebatado de la fuerça de su espíritu, los llamó en altas voces, diciendo: Venid, venid aves del Cielo à oír la palabra de Dios. Cosa de maravilla! Obedientes las aves al imperio de su voz, con presuroso buelo se acercaron al Santo, y ocupando de los arboles mas cercanos las ramas mas bajas, formaron vn vistoso Auditorio, con admirable quietud, y silencio. Entonces el Santo dixo: O hermanas, mias aves, si conociessedes bien la deuda grande, en que estais à vuestro criador, como vuestros cantos, y gorgoros se emplearan en sus alabanzas! Que esmeros no puso en vuestra formacion su Divina Providencia! Que primores no executò en vuestro ser su sabiduria! Os vistió de plumas, y alas, con cuyo ligero buelo midieffedes à vuestro arbitrio la vaga, y espaciosa regiõ del ayre. En vnas pintò las plumas con tan hermosa variedad de coloridos, que alhadros ramilletes son dulce lisonja de los ojos. En otras depositò la suavidad de las voces, para que los arpados picos en concientos armoniosos, y apacibles gorgoros fuesseis regalo de los oidos, y suspension de los animos. A todas, entre todos los animales, que viven la tierra, os privilegiò de el trabajo, y afan de adquirir con el sudor el sustento, teniendo siempre para vuestra necesidad franca la mesa de su providencia. Aun las rapantes que vivis de la presa, y despojo de las desarmadas inocentes, quisò que queda sen por instinto de la naturaleza essenta la crueldad de las fealdades de la malicia. Sed, pues, hermanas aves à vuestro Cria-

dor agradecidas, y emplead las prerogativas de vuestro ser en sus loores. Oyeron al Santo con mudo silencio, y tendiendo las alas, y abriendo los picos, daban à entender con ademanes el gusto con que escuchaban à su Predicador. No se movieron de los puestos que ocuparon, aunque el Santo se llegava à ellas, y las acariciava, y tocava con las manos, hasta que ya le pareció tiempo de despedirlas, y dandoles su bendicion, levantaron los buelos, y se dividieron por la espesura de la selva.

Estaban pasmados los compañeros de esta maravilla, y acercandose à ellos, les dixo con aquella candidèz de espíritu que tenia. Ay hermanos mios, como me pesa de no aver predicado muchas vezes à nuestras hermanas aves! No aveis visto la docilidad, y atencion, con que me oyeron? Y si en las criaturas irracionales tiene fuerça tan poderosa la verdad, quien embaraça en los racionales sus esfuerços, y eficacia, sino es su obstinada malicia? Vamos hijos, vamos à predicar en el nombre de Dios, que yo espero de su misericordia, que la docilidad milagrosa, no ha de ser acusacion, sino exemplo, y pronostico de buenos efectos en los hombres. Llegò à Breviano, y aviendo predicado el primer Sermon con el fruto que le prometian los fervores de su espíritu, y las señales de el Cielo, le traxeron para que la curasse vna doncella ciega à nativitate, à la qual vntandola tres vezes los ojos con su saliva, y tierra, invocando el Mysterio de la Santissima Trinidad, la diò vista. Este milagro fuè vn espiritual colirio, que curò la ceguera de muchos, que sepultados en las sombras del engaño, no tenían ojos para ver las luzes de la verdad.

Estos milagrosos frutos, que en los pri-

primeros passos de su Mission cogió su abrasado zelo, encendieron en su coraçon vn deseò de partirse à las Regiones del Oriente à introducir con su predicacion, entre los Infieles, la luz del Evangelio, sacrificando à la propagacion de la Fè la vida en las sangrientas aras de el martyrio. Para este efecto enderezò su camino à la Santa Ciudad de Roma, à dar parte de su determinacion al Sumo Pontifice, y assegurar con su bendicion el buen logro de sus designios. Llegò à la poblacion de Albania, nombre que le dà vna insigne Fortaleza, ò Castillo, llamado asì, sito en vn collado à quiecinèn las aguas del Tiber, en la Umbria, poco distante de la Ciudad de Tuderto: Aquí convocado el Pueblo, mas que à diligencias, por la fama de la virtud, y santidad del Predicador, empeçò à predicar, pero fuè tanto el ruydo, que con sus enfadosas voces hazian las golondrinas, que embaraçaba, que se oyessè el Sermon, con defabrimiento de el auditorio. El Santo, visto esto las dixo: **Hermanas mias** golondrinas, harto aveis cantado, tiempo es ya de que guardéis silencio, para que yo hable; por tanto os mando en nombre de Dios, que no hagais ruydo, ni turbeis con vuestra inquietud à mis oyentes, hasta que yo acabe mi Sermon. A esta voz obedientes, como si fueran capaces de razon, se quedaron inmoles, y no despegaron mas sus picos. Qual fuesse la admiracion de el auditorio, se dexa ver de la grandeza del milagro, que tuvo por efecto el que todos alabassen las grandezas de Dios en su siervo.

Volò la fama deste prodigio con mucho credito de su santidad, y aviendose divulgado en Paris de Francia por alguno, ò algunos de los oyentes, al cabo de pocos meses sucedió en el mismo Paris, otro en esta forma. El-

Parte I.

Nota.
taba vn Estudiante atareado à la leccion, pero muy enfadado del ruydo que hazia vna golondrina, porque le divertia la atencion, y hablando con vnos compañeros suyos les dixo: Esta golondrina es sin duda de aquellas, que no dexaban predicar à Fr. Francisco de Afsis con la molestia de su canto. Burlaronse con risa de la que les pareció simplicidad del Estudiante, mas este cõ buena fe les dixo. Ptes que os reis, y hazeis burla de lo que digo? Pues aora vereis con la experiencia, que no os engaño, no os cuento fabulas. Bolvió el rostro à la golondrina, y dixo: En el nombre del siervo de Dios Fr. Francisco de Afsis te mando, que calles, y te vengas à mi mano. Enmudeció al instante el paxarillo, y con presuroso buelo se puso en sus manos, como en segura custodia; la admiracion fuè tan grande, como la confusion en todos; y el Estudiante en reverencia del Santo diò libertad al paxarillo, y que le valiesse por aylo la obediencia, quedando libre de la importunidad de su canto.

CAPITULO XX.

Entra el Santo en Roma, y alcanza del Sumo Pontifice bendicion, y facultad para predicar en la Suria la Fè de Christo.

AViendo obrado en este viage tantas proezas, llegó à Roma nuestro Santo: folicitó audiencia con el Sumo Pontifice, habló con el largamente de los pregressos de su Orden, de los exemplares fervores de sus Hijos, de la multiplicacion de Conventos, de la edificacion de los Pueblos, y de la conversion de innumerables almas. Participò los secretos, que Dios le avia revelado, conducentes al bien, y comun utilidad de la

O

Igle-

Iglesia. Dixole como avia llegado el dicho tiempo, en que la misericordia del Altissimo queria renovar aquellos primeros siglos de oro de la Christiandad, con el reforme de las costumbres. Escuchò el Pontifice el informe con agrado, y mucho jubilo de su roraçon, viendo lograda con tales aciertos la fundacion de vna Religion, para cuyo efecto venció con instinto divino, tantas dificultades, y repugnancias, como con pretexto de imposibles exageraba la humana prudencia, y así solemnizaba el acierto de su buena determinacion, con el gozo, y complacencia de averla hecho. Despues de esto pasó el Santo a proponerle las inspiraciones, y ardientes deseos, que tenia de introducir la luz Evangelica en los Imperios de el Turco, y Tartaro, hasta dar la vida, y verter la sangre en esta empresa, si fuessse la voluntad Divina. Para este efecto, postrado a sus pies, le pidió la bendicion, y licencia para obrar con mas seguridad, y mayores esfuerços en sus buenos propositos. Condescendió el Papa a su justa petition, y que podia ceder en tanta gloria de Dios, y bien de la Iglesia, como se prometia de la actividad de aquel fogoso espíritu, y ardentissimo zelo de el bien de las almas.

Antes que saliesse de Roma predicò repetidas vezes en sus plazas, con admiracion de aquella Sagrada Curia, y mucho fruto de sus Ciudadanos. Pidieron entre otros muchos, el Habito en esta fazon, el Venerable Fr. Zacarias, Varon milagroso, de quien se hara despues larga memoria. Fr. Guillermo Anglico, cuya bondad le negoció la fuerte de ser elegido, con disposicion divina en duodezimo companero del Glorioso Patriarca, en el lugar, que dexò vacio el infeliz Fray Juan Capela, que acabò este año su desastrada vida. Como este siguiò los

torcidos passos del traydor Discipulo de Christo Judas, muriendo apostata en el infame, y voluntario suplicio de vn lazo: así Fr. Guillermo fuè vn vivo trasunto de San Matias, a quien su mucha virtud colocò en la eminencia del Apostolado. Muriò santamente en Afsis, siendo General de la Orden Fr. Elias, y fueron tantos los milagros, que Dios hizo por su intercesion en su sepulcro, que le pareció conveniente al General mandarle por Santa Obediencia, que no los hiziesse, porque la frecuencia de los concursos, que movian en la devocion, y curiosidad tantas maravillas, servian de inquietud, y embaraço a los Religiosos. Obedeció muerto, quien supo vivo hazer con su observancia inmortal la virtud de la obediencia. Obedeció con rendimiento obsequioso, quando no debía, y quando mas esfento de la jurisdiccion del precepto, quiso parecer menos libre, como que en el era el obedecer mas natural, que arbitrio. Obedeció, y cerrò la plana de sus milagros, con el mayor, que fuè dexar de hazerlos.

En este tiempo vna Venerable, y Nobilissima Matrona Romana, llamada Jacoba de Sietefolios, movida de la opinion grande de santidad de el Serafico Patriarca, asistió a vno de sus Sermones, y recreada con el suave olor de su doctrina, procurò hablarle, para comunicar con el las cosas de su espíritu. Era esta Señora, viuda, muy noble, y rica, y sobre todo muy virtuosa, y afecta a las cosas de el mayor servicio de Dios, y a esta causa gran Protectora de aquellas personas, que con especial empeño seguian el camino de la perfeccion. Comunicò con el Santo los secretos de su alma, en que como en materia facil, y bien dispuesta, prendió el fuego del amor divino. Instruyóla el Santo con saludables docu-

Nota.

mentos, para que se adelantasse con frutos correspondientes a sus santas inspiraciones. Ofreciose la Matrona agradecida a que su casa fuesse para él, y para sus pobres Hijos asylo, refugio, y hospicio. Quisole el Santo con especial afecto, y correspondió ella con igual devocion, y fineza. De esta muger heroyca en piedad, en valor, y virtudes, darè muy de proposito largas noticias, porque es vno de los sujetos, que tienen el mejor derecho a que los Hijos de San Francisco hagan en sus escritos, eterna, y gloriola su memoria.

Tomò la buelta para Afsis, dexando en Roma a Fray Zacarias, y a Fray Guillermo, bastantemente informados en las obligaciones de el estado, hasta que despues les embió desde Porciuncula vno de los mas antiguos, que los instruyessee, y perfeccionasse en las ceremonias regulares. Su hospicio fuè vna casa cercana al Hospital de los leprosos, que estaba de la otra vanda del Tiber: negociacion, que hizo Jacoba de Sietefolios a expensas suyas, comprandose para este efecto al Abad de San Cosme, cuya era. Llegò a su Convento de Porciuncula, convocò a los suyos, dandoles cuenta de su determinacion, apoyada con bendicion, y beneplacito de el Sumo Pontifice; encargòles mucho, que en su ausencia no descaeciesse, ni se entibiasse en los fervores de su vocacion, pues tocaban con la experiencia de quanto agrado era a los ojos de Dios. Pidíoles perdon de su mal exemplo con devota ternura, y humildad, y les rogò le encomendasen al Señor, que prosperasse sus deseos de dilatar la gloria de su nombre. No son ponderables los sentimientos, y lagrimas de sus Hijos sacrificados en las aras de la resignacion.

Saliò de Afsis para la Ciudad de Asculo, que estaba muy ansiosa de Parte I.

ver a aquel hombre, a quien la fama vniversal celebraba por Santo. Acreditaron sus deseos las publicas, y estrañas demonstraciones de gozo con que le recibieron. Predicòles algunos pocos dias, que alli se detuvo, mortificando las ansias, que tenia de poner en execucion su primer intento. Pero reconociò en aquella Ciudad ser campo fertilissimo por el copioso fruto, que rindiò en poco tiempo, a su trabajo, y no le pareció, que le perdia haciendo esta ganancia. Treinta personas de ambos Estados Ecclesiastico, y Secular, tomaron el Habito, y los repartió en diversos Conventos, que avia fundado: y despedido de los Ciudadanos, tomò el viage para el Puerto mas cercano a esperar embarcacion.

CAPITVLO XXI.

Embarcase el Santo para la Suria dos vezes, y ambas padece horrible tormenta; y obra por el Señor estupendos milagros.

LA eterna Sabiduria de Dios tiene pnestas sus delicias en vivir entre los hombres, y alternando en variedad de sucesos el gobierno de esta visible maquina del mundo, le haze teatro gustoso para su recreacion. En cosa alguna se conoce con mas evidencia la verdad, que digo, que en las vidas de los Santos, que es la farsa, que representa mas a su satisfacion, y gusto. Que puede ser llenar de ardientes deseos del martyrio el coraçon de este humano Serafin, llamarle para este fin con fuertes inspiraciones, y atajarle los passos, embargarle los buelos, sino vna recreacion de Dios, en que gusta de verle padecer a la violencia de el amor, pensando mas de no ver logrado su de-

feo, que pudiera de los filos del cuchillo? Llegò al Puerto con su compañero, donde hallò vn vagel yà fletado para la Suria. Admitieronle los pasajeros, sin interès, y con agrado; dieron al viento las velas, y à pocos lances se encresparon las aguas con la fuerza de contrarios vientos. La borrasca fuè tan desecha, que se hizo arbitro de la navegacion; los Marineros tomaron à buen partido dexarse llevar de su furia, por no padecer naufragio; con que ocioso el governalle, y perdido el rumbo de la Suria, donde llevaban puesta la proa, vinieron à dar en las costas de Esclavonia. En este parage estuvo el Santo detenido algunos dias, porque el vagel llegò tan derrotado de los golpes, y balances del mar, que no se atrevieron los Marineros à probar en èl otra vez fortuna. Esperava à que huviesse otra embarcacion para la Suria, y en la detencion, que por aora no convenia otra cosa, que hazer de solos sus deseos à Dios el mas grato sacrificio.

Defengañado yà de que no convenia su viage, y enterado de ser voluntad de Dios el suspenderle, dispuso bolver à Italia. Encontrò vna nave en la marina, que hazia viage à la Marca de Ancona, y pidió al Patron con humildes ruegos, le diessè por amor de Dios embarcacion para èl, y su compañero; pero el Patron atento solo à los interesses del flete, le despidió con confusion, y desprecio. Aun no ha perdido las esperanças del martyrio vn pobre, que experimenta las descorteses sequedades de vn codicioso sobervio. Como para el pobre no faltan desprecios, siempre sobraràn martyrios, y tiranos. Viendo el Santo, que no negociaba la humildad por menesterosa, se valiò de la industria, y puesta en el Señor la confianza, se entrò en la nave con su compañero, en el silencio de la noche, con cau-

tela, y setreto. Que fuesse del gusto de Dios esta determinacion, se viò por el efecto, que calificò de inculpable, y de buena su cautela; porque vn hombre no conocido, que casi no se puede dudar fuesse Angel, se llegó por la mañana à vno de los pasajeros, piadoso, y devoto, y le entregò algunas viandas, pidiendo, que las reservasse para darfelas en tiempo conveniente à dos pobres Religiosos, que estaban en la nave escondidos. Persuadome, que à esta cautela ayudasse alguno de los Marineros inferiores movido de compasion, y de algun superior instinto. Así lo prometió el pasajero, y hechos à la vela con viento favorable tomaron su derrota.

Poco durò la bonança, porque quando se hallaron en alta mar, se empezaron à embravecer las olas, forcejando con formidables golpes con la nave. Hizo la evidencia del peligro general el desconuelo, y la turbacion, hasta en los Marineros, que, ò por razon de su officio, ò por fuerza de las experiencias suelen ser los vltimos, que se rinden al miedo. El pasajero entonces, à cuya cuenta estaba el focorrer à los pobres escondidos, tratò de descubrirlos al Patron, pareciendole, que en aquellos siervos de Dios podia estar el remedio de la fatalidad amenazada. El Patron, à quien yà el temor tenia muy comedido, y el peligro hizo devoto, lo tuvo por bien, y mandò que saliesse al combès, donde los recibió con agrado, y les rogò con instancia, pidiessen al Señor los sacasse de tan temeroso conflicto. Consolò el Santo à todos, y alentòlos con la confianza de las misericordias divinas, que saben facer de la compuncion, y arrepentimiento frutos de bendicion, desvaneciendo los riesgos, sin que tengan execucion los golpes, suspensos en amago. Que no temiessen, porque aunque la tormenta

seria muy larga, como lo denotaban las disposiciones del Cielo, el ceño de las nubes, y la calidad de los temporales, no çoçobraría la nave.

Bien pudiera Dios serenar los mares, haziendo que calmasen los vientos à la Oracion de su siervo; pero le reservaba su liberalidad para otro mayor milagro, en que no se pudiesse recurrir, ni à los incidentes del tiempo, ni à los fueros comunes de naturaleza. Durò la tempestad con reson terrible tantos dias, que sin poder tomar tierra, bolteando por los mares bagamente al arbitrio furioso de sus turbadas olas, se consumieron, y acabaron todos los viveres, y bastimentos, que embarcaron para el viage. Yà era mas executivo este peligro de la sed, y hambre, que el pasado, como menos remediable, ò irremediable del todo, con que llegó los tristes navegantes à lo vltimo de la desconfiança. En este aprieto se hallaban, quando el pasajero, à quien se avian fiado los viveres para el focorro de los pobres de Christo, aviendolos reservado hasta entonces, con mas que humana providencia, los manifestó, para que repartidos, aunque en poca cantidad, entre todos, focorriesen la necesidad presente, dando tiempo al tiempo, en cuyas mudanças tenían librada su seguridad, y remedio. Fuè cosa espantosa, porque siendo la cantidad cortíssima, y repartida con la escasez, que vísala necesidad en semejantes aprietos, comieron todos à toda satisfacion, y con las sobras de aquel dia, que de muy escasas, llamáremos con propiedad reliquias, se sustentaron todos algunos dias, que durò la tempestad. Quiso Dios, que la duracion prolixa de esta tormenta fuesse testimonio irrefragable de la virtud de su siervo, y quando yà no podia dudar de la maravilla, ni la incredulidad mas obstinada, conven-

Parte I

cida de la evidencia, fuè servido, que se mudasse el viento, que se deshiziesse la malicia de los mares, para que enderezando la proa à la Marca de Ancona hiziesse prosperamente su viage. Llegaron al Puerto, saltaron à tierra, dando gracias à Dios de su salvamento, aun todavia amedrentados con la memoria de los passados peligros. Reconocieron por instrumento de su dicha, y milagrosa seguridad al siervo de Dios Francisco. Dabanle con reverente rendimiento las gracias, mortificando así su mucha humildad, que se achacava todo el suceso, como castigo de sus culpas. Los que se esmeraron mas en honrar al Santo, fueron los Marineros, y el Patron, que como mas interesados en la temida perdida, y mas enterados de la gravedad de los riesgos, le quedaron mas devotos, y agradecidos: así muda el aspecto horrible de la muerte los humanos afectos, haziendo aora estimacion de lo que poco antes se hazia desprecio.

CAPITVLO XXII.

Predica en los confines de la Marca con admirable fruto. Cuenta se la rara conversion de el Santo Fray Pacifico, y cosas maravillosas, que le passaron con su Santo Maestro.

Hostigado el Santo de los aplausos, se apartò de la marina, y se entrò la tierra adentro con las prietas de quien huye. Prosiguiò en el exercicio de su predicacion, porque los ardores de su zelo no le permitian estar vn punto ocioso. Fueron tan copiosos los frutos de su doctrina, que muchos despiertos

92

del